

COMMUNIO

REVISTA CATOLICA INTERNACIONAL AÑO 1 - Nº 2 JUNIO DE 1994

El acto litúrgico

HANS URS VON BALTHASAR

JOSÉ LUIS DUHOURQ

HANNA-BARBARA GERL

HORACIO VARELA ROCA

ALBERTO BELLUCCI

JEAN-LUC MARION

LUCIO FLORIO

ALBERTO ESPEZEL

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone. Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebecca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot.

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>El acto litúrgico</i>	3	
<i>Hans Urs von Balthasar</i>	5	¿Un sacrificio que no cuesta nada?
<i>José Luis Duhourq</i>	13	Liturgia y nueva evangelización
<i>Hanna-Barbara Gerl</i>	23	Comed el cordero rápidamente
<i>Horacio M. Varela Roca</i>	31	Rumor de encuentro. La liturgia y el arte
<i>Alberto G. Bellucci</i>	39	Arquitectura y espacio de culto, hoy
<i>Jean-Luc Marion</i>	61	Filosofía cristiana y heremética de la caridad
<i>Lucio Florio</i>	69	Acceso y salida del camino religioso de Ernesto Sábato
<i>Alberto Espezel</i>	77	La cristología de Romano Guardini

Rumor de encuentro. La liturgia y el arte

*por Horacio M. Varela Roca**

Hace mucho tiempo separaron sus caminos. Tanto, que les será difícil reconocerse en el encuentro. Hicieron mucho juntos, tienen una larga historia. Algunos preanuncian este encuentro y hasta han intentado poner alguna señal de reconciliación. Así es como se puede describir la relación actual entre arte y celebración litúrgica, es lo que ha sucedido. En nuestros tiempos, tienen pocos elementos en común. La distancia producida especialmente en los últimos siglos ha sido muy grande y esto ha lastimado, ha herido, a ambos.

La celebración litúrgica extraña al arte. Lo extraña en sus edificios, en donde realiza sus acciones. Lo extraña en sus objetos, en todas aquellas cosas que se usan para el culto. Extraña al arte en la música. Extraña al arte en el decir, en la palabra. Pero fundamentalmente extraña el arte en su propia creencia, en la posibilidad de emocionarse, conmoverse ante sus propios símbolos.

Es difícil decir cuál fue el motivo de la separación. La celebración, manifestación de la vida creyente, entró en crisis frente a lo que era la vida del hombre, frente a su desarrollo, frente a su ansia de salvación. La celebración se encerró en las actitudes de momentos que creía habían sido más brillantes, en los tiempos de gloria, en aquellas cosas que creía debían provocar una modificación en la sociedad. El encierro la llevó a otra crisis más profunda, la crisis del vacío, la crisis de la precariedad, para terminar en casi una parálisis. Parece no saber qué decir, y además, en muchos casos, ya no sabe cómo decirlo. Esta parálisis llevó a que la celebración no fuese más festiva, y que tuviese poco que ver con la nobleza de la humanidad. Así, por ejemplo en sus imágenes, no hizo más que repetir modelos débiles, caducos, y lo que generó como novedad nació vacío, sin reflexión, sin estética, por la tanto, sin ética.

* Horacio Varela Roca. Sacerdote, Buenos Aires. Párroco. Es miembro de la Comisión de Cultura de la arquidiócesis de Buenos Aires.

Algunos dicen que arte y celebración se van a volver a encontrar. Cierta noticia hemos tenido. El Concilio Vaticano II mencionó, en el documento referido a la liturgia, el deseo, la intención, la preocupación de que el arte tuviera su espacio en la celebración. Al final del Concilio, el Papa Pablo VI, lanzó un mensaje a todos los artistas.

Esta noticia es veraz, parece indicar el camino correcto. Pero también hay que ser sinceros: es nada más que un rumor, una noticia, que tampoco fue dicha con toda fuerza. Una noticia agrandada por el deseo de algunos creyentes de poder contar en sus celebraciones con arte verdadero. Pero, para que el encuentro sea digno, hay que ser sinceros en todos los pasos de ahora en más.

La sinceridad nos lleva a reconocer que todavía no se ha dicho todo lo que hay que decir, y que este deseo de que esté el arte en la celebración no es un deseo generalizado en el ámbito de los creyentes. Son apenas rumores de un posible reencuentro.

Y eso que arte y celebración tienen una larga historia en común. Los investigadores contemporáneos nos han dicho que las primeras manifestaciones de arte datan de hace 20.000 años. Puede parecer mucho, pero para el desenvolvimiento de la vida humana en la tierra, que tiene más de un millón de años, estos veinte mil años suenan como cosa nueva. Lo más interesante es que el arte, en sus comienzos, se puso al servicio de la celebración litúrgica, de la celebración religiosa, en las creencias primitivas, en las búsquedas de sentido.

El ser humano descubre la agricultura, hace más o menos ocho mil años se asienta, se instala, construye sus casas, aumenta la población, agranda su familia. Para toda esa tarea inmensa el hombre creyente, en sus celebraciones, contó con el arte.

En la celebración religiosa, pagana si la queremos ver desde nuestra perspectiva cristiana, el hombre celebra su trabajo, celebra su cosecha, celebra la fecundidad, y también necesita mantener viva la memoria de lo que fue, perseverar en las conquistas de su etapa de nómada, cazador, recolector, para poder mantener así la dimensión verdadera de las cosas, y con estos elementos elaborar una cosmovisión que le permitiera superar la soledad, el aislamiento que le produce el ser consciente, para junto con otros seres conscientes, poder ejercer la libertad, poder vivir sin miedo, poder vivir sin angustia. Y para todo estas cosas, el arte fue el aliado indispensable.

Cuando leemos el texto sagrado, nos encontramos que la revelación tiene como característica importante la alianza con el

arte. En su primera presentación de la creación, el primer texto, el primer capítulo del libro del Génesis —que no necesariamente es el texto más antiguo, pero el actual ordenamiento nos lo pone a consideración en primer lugar con una lógica clara, precisa— allí arte y celebración están juntos. Esto primero que leemos, tiene toda la fuerza de la poesía, tiene toda la fuerza de las imágenes. Este primer texto está imbuido de un espíritu de celebración. Sabemos que depende de una tradición sacerdotal que puso en él las claves, los signos de la celebración. En él se revela Dios, quien nos lleva al descanso celebrativo del último día, posible porque todo lo que El hizo es bueno, y por lo tanto, bello.

Ya entonces la Revelación nos pone como celebrantes ante la necesidad de contar siempre con el arte. Pero la Revelación no termina con esta breve indicación, sino que se anima a teñir todos sus textos, todas sus enseñanzas, de sentido artístico.

Es cierto que el texto mencionado no es el más antiguo. Algunos sostienen que lo más antiguo es un canto, el canto de Miriam, que hizo entonar a todo el pueblo después de salir de la tierra de esclavitud. Un canto que intentaba hacerlos ser hombres, dejando de ser esclavos. Y esta es la función del arte en la celebración. Porque para poder estar delante de Dios, uno no puede ser esclavo, porque El no nos creó esclavos sino a imagen y semejanza suya. El arte, en este sentido, da libertad y dignifica. Y por eso toda celebración contaba siempre con arte.

Ni qué hablar de los salmos. Tampoco podemos negar la dimensión celebrativa y artística de los textos apocalípticos. ¿Acaso la celebración de la intimidad entre el hombre y la mujer, como signo de la íntima celebración del hombre con Dios, no está expresado en una hermosa poesía que lleva el título directo y preciso del Cantar de los Cantares? Y si dirigimos nuestra mirada a Jerusalén, nos encontramos una y otra vez con el Templo, hecho por los mejores artesanos, no para lujo sino para el encuentro con la verdad. El Templo es el lugar, la forma, como el hombre expresa su mirada sobre las cosas y su comprensión de la revelación de Dios. De esta manera el creyente se pone en actitud de verdadero hombre, de imagen y semejanza de Dios, y por esta razón dice la Escritura que Dios se hace presente en su Templo. Arte y celebración siempre unidos, y el arte dando a la celebración su sentido más profundo, su capacidad más grande para alcanzar otras dimensiones.

El centro de nuestra fe, Jesús de Nazaret, la Palabra hecha carne, ¿no es él en sí mismo una obra de arte? ¿Acaso no es hermo-

so ver bajar de la montaña los pies del que anuncia buenas noticias? Pero Jesús no es solamente una obra de arte, sino también de alguna manera, es un gran artista. Sabe decir, sabe organizar, sabe pensar. Los encuentros que se narran en los Evangelios, cada uno de ellos tiene una hermosa estructura. No era solamente cruzarse con la gente, sino transformar cada encuentro en una obra de arte.

Y aquella celebración sobre la cual se nos descorre el velo para que podamos observarla, que es el modelo que permanentemente repetimos en la principal de nuestras celebraciones, en esa Última Cena nos hallamos ante una obra de arte. Fue preparada muy cuidadosamente por el Señor, no dejó nada afuera de lo que había recibido de la alianza entre arte y celebración, y en medio de los anuncios inmensos, trascendentes, en medio de la revelación profunda de esa comida, de traiciones, de vida, allí, al final, se canta, se celebra, se celebra cantando. Y no improvisó, no son cantos inventados en ese momento, sino que es lo que recibió de su tradición, de la historia de la fe.

Todo este clima está en la Palabra de Dios. Las enseñanzas de la Revelación invitan a poner arte en nuestra celebración. Así fue manifestado en la historia del cristianismo. Los templos, los objetos de culto, la poesía, la belleza en el decir, el trabajo profundo sobre la Palabra de Dios para que se manifieste no sólo con todo su volumen sino también con todo su arte, con su estética. Eso ha sido la historia de la celebración y el arte. Enseñanza, exhortación, vivencia, para alcanzar una visión de las cosas, para tener una mirada amplia, para encontrar el sentido, y definitivamente para alabar a Dios.

Esta obra maravillosa, esta alianza fecunda, se quebró. Y por más doloroso que sea mencionarlo, no podemos negar el hecho. Tenemos que repetirlo una y otra vez hasta darnos cuenta de que el arte está ausente de nuestra celebración. En algunos casos simplemente se fue, pero sabemos que en muchos casos se lo echó. Por eso los rumores que se escuchan de un reencuentro reavivan heridas, da tristeza por el tiempo perdido, pero por otro lado nos reaniman con la esperanza, con el profundo deseo que algunos creyentes, que algunos hombres de la Iglesia tienen de encontrar en sus celebraciones a este hermano que no ha muerto, que está vivo, y al cual, más que nunca, necesitamos.

La celebración y el arte se desarrollan sumergidos en la vida de los hombres. El reencuentro se dará con nuevas condiciones

de vida. Muchas cosas han cambiado desde los tiempos en que fueron aliados.

El porcentaje de gente alfabetizada es notablemente más alto. Si bien quedan bolsones de ignorancia en algunos grupos, todavía lo suficientemente grandes para preocuparnos, la verdad es que aquellos que marcan rumbos en la civilización han asumido la alfabetización como condición necesaria para la supervivencia. Hace un par de siglos el hombre aprendía las anécdotas de la historia a través de las figuras y hoy puede leer las interpretaciones de los más lúcidos.

En todo este tiempo de separación, en todo este tiempo desde que se expulsó al arte de la celebración también ha aparecido la ciencia. No ya con algunos esporádicos genios, sino con un verdadero afán de investigación. Ya la ciencia no se alimenta de la técnica, sino que la ciencia alimenta a la técnica. Y ésta es una nueva condición que no se vivió en compañía del arte.

La humanidad ha seguido creciendo en comunicación. No solamente en la transmisión de las ideas, en la información, sino también en el hablar, en el decir, en la relación interpersonal. Hay televisión, también hay teléfono. Y esto no ha sido vivido junto al arte.

El mayor desafío es la ciudad. Los grandes centros urbanos ya no son conglomerados de viviendas humildes en torno a un puñado de edificios palaciegos. La ciudad moderna, a pesar de sus problemas, es la manifestación de diferentes lenguajes en el diseño, y en formas de vivir. Hace posible que el conocimiento llegue a muchos; es el escenario necesario para la consideración y solución de los planteos de la humanidad. Es en la ciudad dónde más se insiste en reclamar la reconciliación entre celebración y arte.

¿Qué decir de esta nueva relación construida a lo largo de siglos entre el hombre y el poder, que llamamos democracia? La democracia tiene sus raíces en la antigüedad, tanto en la civilización griega como en la hebrea. En aquellos tiempos la alianza entre la celebración y arte fue un factor importante para la fundación de ese espíritu de convivencia social y política. La separación se produjo cuando la civilización moderna comenzaba a balbucear la palabra democracia y en consecuencia, la celebración no pudo estar presente en su crecimiento contemporáneo.

Por eso el rumor del encuentro es importante. ¡Y hay tantos que se están encontrando! Ya sabemos que en estos finales del siglo XX, muchas cosas se producen de forma interdisciplinaria. Es-

pecialistas venidos de distintos campos, que hacían individualmente su vida y su investigación, van conformando mesas de intercambio y se han buscado los unos a los otros, sabiendo que una de las claves del crecimiento estará en estas nuevas alianzas. Y entonces la exigencia para un encuentro entre celebración y arte, para una reconciliación, es muy importante.

¿Qué van a hacer cuando estén juntos? Ya hay algunas pautas. Por un lado, cuando arte y celebración se junten le van a decir no a la precariedad, a la improvisación, a la irracionalidad. A la celebración le conviene, pues se nota que le hace falta contundencia, presencia, gloria. Y solamente el arte se lo puede dar.

El arte, si es que vuelve a la celebración, le va a exigir austeridad. Esta condición caracteriza los más altos logros estéticos del siglo XX, y desde estas alturas ha influido en otros órdenes del quehacer humano. Concentración y precisión para no perderse en la oscuridad tumultuosa del artificio.

Y ya tendrán que hablar con más conciencia en una nueva dimensión del símbolo. La celebración cuenta, en la comunidad que se reúne, con gente alfabetizada, con gente que ha recibido más información. Ya no necesita el afán ilustrativo, mezclado a veces con demagogia, sino que lo que necesita es celebrar la verdad, decirla. Y en esto el arte puede dar una respuesta valiosa, porque el arte ha sabido despojarse de todos esos afanes ilustrativos, de todos los servilismos del poder, y se ha concentrado más en la verdad de su propia disciplina y de las cosas. ¡Qué fecundo puede llegar a ser este reencuentro!

Y la celebración cristiana, para una duradera reconciliación, tendrá que poner de su parte gestos de sinceridad. La celebración cristiana tendrá que poner en consideración en este encuentro su verdad, que está contenida en la palabra de Dios. Es celebrar la revelación. Para poder celebrar la revelación tiene que tener los instrumentos, los códigos, la misma actitud de la revelación, que, como hemos dicho, está impregnada de belleza.

La celebración deberá recurrir también a los expertos. Los responsables de la celebración deben dejar de lado su omnipotencia, su pseudo omnisciencia, para saber abrir las puertas a todos y que en la celebración estén presente realmente todos. No porque estén allí sentados, sino porque los presentes podrán ejercer, en los espacios adecuados, sus propias capacidades. En concreto, que el cantor sepa cantar; que la arquitectura sea elaborada por gente idónea, preparada; que el diseño de los objetos esté en manos de los que saben; que el mensaje, puesto en las paredes, sea he-

cho por auténticos artistas; que el que hable en la celebración sepa hablar; que el lector sepa transmitir; que la estructura de la celebración esté hecha con respeto, con dignidad, y sobre todo con conocimiento de lo que es el desarrollo dramático de una celebración.

Sobre todo es necesario que estén los expertos. Recordemos que Salomón tomó la decisión política, creyente, de construir el templo, pero los que lo contruyeron fueron los expertos. Recordemos los testimonios de la historia. Las iglesias contundentes, bellas, construidas por expertos. Y esto es lo que va a demorar más el encuentro. Nos han quedado pocos expertos, hay pocos que puedan hacer un puente, un nexo de unión entre celebración y arte. A esos pocos hay que cuidarlos, hay que acompañarlos en el crecimiento, hay que consultarlos porque, ¿qué negociación de reconciliación se va a poder hacer si no hay nadie para sentarse a la mesa de conversación?

Por eso son rumores de encuentro. Nada cierto hay todavía. Algunas señales, alguna que otra cosa hecha; quizás más que obras, hay buenas intenciones. Pero las buenas intenciones no alcanzan, la intención no es la obra.